

LA CRÓNICA DE CASTELLÓN.

PERIODICO DE CIENCIAS, LITERATURA, ARTES, INDUSTRIA Y COMERCIO.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En Castellón, al mes. 4 rs.
Fuera, trimestre. 15 »

SE PUBLICA TODOS LOS LUNES, MIERCOLES Y VIERNES.

Se suscribe en la imprenta y librería de Soto y Salazar,
plaza de la Constitución, núm. 33.

ANUNCIOS Y COMUNICADOS.

Los suscritores, línea. 6 mrs.
Los no suscritores. 12 »

ADVERTENCIA.

*Como no nos gusta engalanarnos con producciones ajenas, estamos en el caso de declarar, que todas las que hayan aparecido y aparezcan en lo sucesivo en nuestra publicación con estas dos estrellas (**) á su pie, son ajenas á nuestra redacción.*

CASTELLÓN 16 DE ABRIL.

Notable por mas de un concepto el siguiente artículo de nuestro ilustrado y apreciable colega vallisoletano *La Union Castellana*, y perfectamente de acuerdo con nuestros sentimientos, no hemos podido resistir al deseo de permitirnos reproducirlo.

Dice así:

LA PAZ.

Post nubila Phaebus.....

Así como á la tempestad y á las tinieblas suceden la calma y la luz, así tambien para reparar los estragos de la guerra, Dios envía las dulzuras de la paz.

Trabajada España por civiles é intestinas discordias, comenzaba apenas á reponerse de sus pasados quebrantos, acometía el desarrollo de su riqueza en cuanto á ello le convidaba la tregua que parecían haberse dado las pasiones políticas, cuando un enemigo secular é irreconciliable se atrevió á mancillar su honor, á herirla el sentimiento bajo cuyo imperio habia en otros tiempos llevado sus nunca hollados pendones á los mas remotos confi-

nes de la tierra. No era posible permanecer indiferente á la vista de tal ultraje: se hizo necesario buscar el medio de lavar la mancha que se nos habia hechado; siquiera para ello, agotadas las vias de la razon, se acudiese á las de la fuerza.

La manera de conseguirlo ofrecía serias dificultades, que, si en un principio pasaron desapercibidas para las gentes vulgares, pronto fueron de todos conocidas.

Declarada la guerra al imperio de Marruecos, comenzada la campaña fué necesario luchar; no solo con un enemigo astuto, valeroso, tenaz é indomable, como quien pelea por su independencia y defiende su hogar y su familia, sinó con las contrariedades que suscitaba un país salvaje é inculto, un clima desconocido y mortífero, y hasta los elementos, que, para poner á mayor prueba el valor y sufrimiento de nuestros soldados, parecían conjurarse contra la santa causa que há tantos siglos venimos defendiendo.

Tamaños obstáculos deberían haber arredrado al mas denodado ejército; pero nada bastó á sostener el ímpetu de las legiones españolas, que, arrollando cuanto se las oponía, alentadas por la fé y por la justicia de su causa, y por el patriótico ardor de que se hallaban poseidas, contaron sus victorias por sus combates, y escribieron con su espada vencedora una de las mas brillantes páginas de nuestra historia militar: recientes los sucesos, memorables para siempre, no hay necesidad de recordarlos. España los ha visto llena de gozo, delirante de alegría; y Europa, que nos creía abatidos y

postrados, los refiere con admiración y sorpresa.

Pero los males que ocasionan estas sangrientas luchas, que la Providencia permite para castigo y enseñanza de los hombres, exigen un provechoso término, sinó se prefería que á la exageracion de la dignidad nacional ofendida se viera sacrificada la flor de la juventud española, que generosa venia sacrificándose en aras de la patria.

Vencido siempre y humillado el enemigo, reparada nuestra honra nacional, enaltecido el nombre de España, pedida la paz con humilde insistencia, era prudente aceptarla, si ya otra razon no hubiera, porque hoy que ella es el mas ferviente anhelo de las naciones civilizadas, hoy que es omnipotente la opinion pública, el rechazarla habria sido perder las simpatías que nuestra justicia y nuestra actitud habian escitado en el mundo, y aparecer tan intransigente y obcecado como el adversario de quien partiera la provocacion que con tanta gloria y energía hemos sabido recoger y rechazar. Además de esta consideracion general cuya importancia no puede negarse, las condiciones de la paz de Gualdrás son tan honrosas, de tanta ventaja para España, que, llenado completamente el objeto de la guerra, habria sido inconveniente su prosecucion: en efecto; por el convenio cuyas bases conocemos van á conseguir nuestras plazas de Africa todo el terreno que para su seguridad y desahogo necesitaban; vamos á adquirir á perpetuidad un puerto, cuya buena situacion y futura importancia comienzan á reco-

CAPITALES, CUESTIONES SOBRE LA VIDA, ECONOMIA DE S. M.

Junio de 1859, **DEPÓSITO**
DE LOS TITULOS
en el
BANCO DE ESPAÑA.

GARANTIAS
POSITIVAS
consignadas en los
Estatutos.

Puede cualquiera suscribirse de manera que en ningún caso pierda el capital impuesto.

Esta Sociedad es, de todas las de su clase, la que cobra menos por derechos de administración.
Es tambien la única que permite al suscriptor retirarse sin necesidad de aguardar la época de liquidación quinquenal.

Luis Retortillo.
para responder á los suscritores de sus intereses.

Calle Mayor, 80, cuarto segundo.

—61—

ando no me ames. Apesar de las son dignas de cruzarse no deseo que me volvais á de mi debilidad y de mi mayor escribeme una sola palabra de valor de que tengo necesidad mi desgracia. Adios, amigos, pero el único amigo á mi corazón, y al que nunca

IDA.

ven, cuyo amor burlado, dolores, miseria y horrible ban reasumidas en tan poético poema desconocido, pero que, escrito en aquella noche su efecto durante un día de Maulincourt, y se ve que Ida no seria parienta de la cita de la noche, de la noche fortuito, no seria una era por móvil la caridad. Reducido á Ida, semejante á un prodigio. Confundiéndose sus reflexiones que se ven unas á otras, el baron

nocerse; vamos á celebrar un tratado de comercio, *ahora y siempre tan ventajoso como el de la nación mas favorecida*; nuestro representante y nuestros misioneros van á residir en la capital del vecino imperio; nuestros gastos de guerra van á ser indemnizados, y en garantía, y hasta el cumplimiento de estas ofertas, poseeremos la plaza que nuestras armas vencedoras han conquistado.

Si despues de la importancia que las proezas de la guerra nos han dado á los ojos de Europa, y de las incuestionables ventajas de la paz, se reflexiona seriamente sobre la situacion de nuestra patria, creemos que no habrá persona alguna que, inspirada por un sentimiento de rectitud y patriotismo, no confiese y reconozca la conveniencia de haber puesto término á una lucha que hacia recorrer á raudales la sangre preciosa de nuestros hermanos. Y no es que nosotros creamos que la paz ha sido indispensable: lejos de eso, opinamos que España tiene hijos esforzados y medios de todo género para haber continuado la guerra: pero creemos tambien que los sacrificios sucesivos que nos hubiera ido costando, no habrian recibido una recompensa proporcional á la que con el convenio de Gualdrás obtienen los que llevamos hechos.

Si bien las guerras son siempre sensibles, siempre desastrosas en todos los paises, aquellos que tienen exuberante poblacion, riqueza sobrante, y fuerte organismo interior, pueden soportarlas con menores sufrimientos. España no se halla hoy todavía en ninguno de estos casos: yerma alguna parte de la Península, poco poblada toda, sin comunicaciones, sin industria, sin perfeccion en el cultivo de su suelo, sin desarrollo en su comercio, necesita la paz, porque solo á su sombra bienhecho- ra puede acometer su regeneracion politica y material, borrar las profundas huellas que las disensiones fratricidas han dejado, y elevarse al rango que entre las naciones cultas ocupó y está llamada á reconquistar.

Aprendamos, pues, en el sacudimiento que acabamos de presenciarse; reparemos los defectos que se hayan notado; preparémonos á ser mas

fuertes todavía, para que se nos respete, para que nuestra amistad sea solicitada; reorganicemos nuestro bizarro y trabajado ejército; aumentemos nuestra marina; mejoremos y estendamos nuestra agricultura; construyamos ferro-carriles, canales y caminos; levantemos fábricas; demos ensanche al comercio; consolidemos una situacion política, prudentemente liberal, y equidistante de ambos extremos; y veremos, que, si gloria y consideracion nos ha dado la guerra, riqueza, bienestar y prosperidad ha de traernos la paz.

NOTICIAS GENERALES.

El desgraciado oficial de caballería D. Leopoldo Ortega ha dirigido á «Las Novedades» el comunicado y la exposicion que transcribimos al pié de estas lineas.

«Señor director del periódico «Las Novedades»:—Muy señor mio y de mi mayor respeto: Al suplicar rendidamente á V. que se digne insertar en su apreciable periódico la adjunta exposicion que he tenido la honra de poner á los piés de S. M. la Reina, le ruego, con la vehemencia de un hijo que ve morir á su padre, y cuenta solo con sus lágrimas para salvarlo, que, como representante de la opinion pública que es V., una su autorizada voz á la mia, patrocine la causa del dolor, se ponga del lado de la desgracia, auxilie á una solitaria viuda y á dos desamparados huérfanos; y dando generosamente al olvido todas las razones por las cuales la conducta de mi padre haya podido excitar su indignacion y sed de justicia, se acuerde solamente de nosotros los que pedimos misericordia, de que es V. español, y de que mi padre está ya vencido.

Nunca sienta mejor á un pueblo la generosidad que despues de la victoria. España acaba de engrandecerse en Africa á costa de mucha sangre. Allí he aprendido yo hasta dónde raya la hidalguía española con sus enemigos. La patria no necesita la sangre de mi padre para ser fuerte, para aparecer triunfadora de cuantos la han combatido fuera y dentro de sus playas. Vd., señor director, tendrá padres ó hijos, y no desoirá mis sollozos. Usted gritará tambien á los piés del Trono. Perdon, perdon para el humillado. Solo su vida quiero. Disponga V., disponga la noble prensa española de la de su humilde y atento seguro servidor Q. B. S. M. —«Leopoldo Ortega y Ballesteros.»

«Señora: D. Leopoldo Ortega, alférez de caballería, hijo del ex-general Ortega, llega humilde y reverentemente á los reales piés de V. M., y expone: Que teniendo la gloria y fortuna de pertenecer desde sus mas tiernos años al ejército de V. M., solicitó espontaneamente al principio de la guerra con Marruecos, tomar parte en ella, cuyo favor alcanzó; y dejando su puesto de ayudante de su padre por el de oficial á las inmediatas órdenes del general D. Antonio Ros de Olano, pasó á Africa, donde ha permanecido cerca de cinco meses, habiéndose encontrado en doce acciones, y obtenido por ellas de la real munificencia de V. M. el grado de teniente y la cruz de San Fernando.

De vuelta en su patria el esponente, ha sido quizás el último en saber la tremenda desgracia que habia caido sobre su familia, y la dolorosa catástrofe que la amenaza. Hoy ya lo sabe todo.—Permítale V. M. que no nombre ni analice lo ocurrido; que no lo piense; que no lo juzgue.—Solo protesta aqui de su ardiente amor á V. M., de su adhesion á su trono, como español y como militar. El que llora arrodillado á los piés de V. M., no pueda hablar de otra manera. ¡Es su padre, Señora! ¡Es su adorado padre! Por eso no dirá mas acerca de él, limitándose á hablar de su madre, de su hermana, y de sí mismo.—Señora: V. M. es, al par que magnánima Reina, dulce y cariñosa madre, tierna y amantísima hija. ¡Oh! si.... V. M. es hija, y puede comprender toda mi angustia, toda mi desesperacion! Yo no acuso, yo no defiendo á mi padre: yo pido por su vida; y V. M., que alcanzó desde el principio de su glorioso reinado el dictado de «Generosa y Clemente; V. M., que es tan buena, tan misericordiosa; que es la madre de los españoles desgraciados; que es piadosa y eminentemente cristiana; que tiene en sus augustas manos el poder de perdonar y en su hidalgo corazón la grandeza de sus antepasados; V. M., que es Soberana; que es católica, que es española, sabrá olvidar las injurias, compadecer al delincuente, enjugar el llanto de una esposa y de unos hijos que demandan gracia.... V. M. aplacará el rigor de su justicia y perdonará la vida á mi padre.

Señora: No hace muchos dias que entre el humo de los combates gritaba yo en Africa: «¡Viva la Reina!» Esta mágica voz era siempre la señal del triunfo. Yo la he oido á los moribundos, á los vencedores, en los hospitales, en las almenas de Tetuan, en medio de las privaciones y las tormentas, á todas horas y en todas partes. Yo la repelia entonces, yo la repito ahora; yo la repetiré toda mi vida. Allí he aprendido á adorar á V. M. Su augusto nombre me recuerda los momentos mas grandes de mi existencia. Todo mi ser; toda mi sangre serán eternamente de mi Reina.—Esta lealtad que le he jurado tantas veces, y que hoy confirmo con las lágrimas en los ojos, sirva en cierto modo para salvar la vida de mi querido padre.

Señora: V. M. es madre de un escelso príncipe á quien ama, ganando una bandera á los marroquies, (1) y yo alcanzaba el grado de teniente en recompensa de lo que pude hacer allí en nombre del heredero del trono de V. M.

Ya antes, como he dicho, V. M. me habia honrado con la cruz de San Fernando, tambien como premio de mis oscuros servicios en los campamentos de Sierra-Bullones. Pues bien Señora, con el mayor respeto yo pongo á los reales piés de V. M. esas dos gracias, que he debido á su munificencia, y le pido en cambio la vida de mi padre; sea su adorada existencia el único galardón que yo reciba por lo que puedo haber merecido en Africa; no me niegue V. M. tanta gloria, tanta fortuna. ¡Que el hijo redima al padre! ¡Que el Ortega de Africa haga olvidar al Ortega de las Baleares! Soy muy jóven; tengo diez y nueve años, y sin la desventura de mi padre, nada seria yo á su lado: tampoco compensan mis pobres merecimientos la indignacion que él haya podido excitar á V. M.; pero mi dolor, los profundos afectos que despiertan en mi corazón la congoja en que me hallo, las solemnnes protestas

(1) Aquí, como nuestros lectores comprenderán, debe haber habido alguna omision en la copia que se nos ha remitido.

(N. de L. N.)

de vivir ó morir por mis súplicas; la voz de mi infeliz hermana do esto, Señora, y ángel protector á q ánimo para hablar a vierta la sangre de m mo ruego! ¡Harto des vida! ¡Harto lo somo mos!—¡Piedad, Señora! aplaudirán su miseri que la han ungido so espero, tan dulce e gativa. Dios guarde te vida de V. M. para ñoles.

Madrid 10 de Abr Ortega y Ballesteros.

VARI

GO

Á SEN VIC

Ya que tenía, Els miláeres en Sigau nòstre def Sàcre apòstol va

¡Pare Sen Vis Sant molt dòcte Feu que correges Que no hià un Tragáu del estat

Por aquel t la fiebre de la es mónstruo, e mónstruos. T edifica como u lujo, como se nà la profesion guardia nacio de repente, a res, y arroja el bra, vende sus let, y algunos gocios, se viste le. Hoy come compraba pape le duelen las m ma de anunc tardará mucho de pasta pecto por estaciones, momento en q alguna cosa, e no se viesen ar maderos y gru piso en piso, d jeta con cuerdo

de vivir ó morir por V. M. con que acompaño mis súplicas; la voz de mi desolada madre y de mi infeliz hermana, uniéndose á la mía; todo esto, Señora, y la indulgente bondad del ángel protector á quien acudo, me infunden ánimo para hablar así á V. M. ¡Que no se vierta la sangre de mi padre! ¡Este es mi último ruego! ¡Harto desgraciado será ya toda su vida! ¡Harto lo somos todos los que le queremos!—¡Piedad, Señora! Dios y la nación, aplaudirán su misericordia. Dios y la nación, que la han ungido soberana, bendecirán, yo lo espero, tan dulce ejercicio de su Real prerogativa. Dios guarde muchos años la interesante vida de V. M. para la felicidad de los españoles.

Madrid 10 de Abril de 1860.—«Leopoldo Ortega y Ballesteros.»

VARIEDADES.

GOCHOS

Á SEN VICENT FERRER.

Ya que teniu, gran Señor,
Els milàcres en la mà:
Sigau nòstre defensor,
Sàcre apòstol valencià.

¡Pare Sen Visent Ferrer,
Sant molt dòcte y milagrós!
Feu que córrega el dinér,
Que no hià un chavo de á dos.
Tragáu del estat mes crític

Esta nasió desdichá,
Perque el cólera polític
Á tots mos acabarà,
Si per llástima y amor
No sou nòstre defensor,
Sàcre apòstol valencià.

Vinga la còsa com vinga,
Per polacos ó santons,
Hià en Madrid una eixeringa
Que mos chupla hasta els sisons.
Que el pòble apenque y apenque,
Si un milàcre no se fà
Que la eixeringa mos trenque,
Res d'este mon mos valdrà.
Féulo pues, y així, Señor,
Sigau nòstre defensor,
Sàcre apòstol valencià.

L'añ mil cuatresents y vint,
Fóreu diputat de córts,
Y entonses, tan asobint
Els diputats no eren borts.
Hòmens fins pera Castella,
Com el Visent que la honrà,
Era un'àtra chent aquella
Que alsaba neta la mà.
Hui, entre tant d'agarrar;
Sigau nòstre defensor,
Sàcre apòstol valencià.

Carlistes y liberals,
D'eixos que busquen pá y mèl.
Pera quedar tots iguals
Mos falla tirar la fèl.

Ya van ministres amunt;
Aball ministres van ya;
Y may ix del mateix punt
La ròda que rodant và.
Pa ferla nòva, señor,
Sigau nòstre defensor,
Sàcre apòstol valencià.

Tocant altíssims rechistres,
Féu un milàcre en lo dit,
Pa que no tingam ministres
Ni vacha un sisó á Madrit.
Dels parlits y de ambicions
En asó la causa està.
Lleveula en tres bendissions,
Y España felis serà,
Si contra el tuno y traidor,
Sou el nòstre defensor,
Sàcre apòstol valencià.

¡Quins pecats pogué cometre
Esta gran nasió al revés,
Que Deu no li vol permetre
Ni govern, ni pau, ni rés?
¡A trompis y á rebolcons
Té d'anar sempre com vá,
Mudant de costitusions
Com de ministres mudá,
Pera estar sempre pichor?
Sigau nòstre defensor,
Sàcre apòstol valencià.

Féumos Sen Visent Ferrer,
Sant gloriós y beneit,
El milàcre de desfer,

Por aquel tiempo estaba Paris plagado de la fiebre de las construcciones, porque Paris es mónstruo, el mas maniático de todos los mónstruos. Tiene mil caprichos; tan pronto edifica como un gran señor á quien gusta el lujo, como se convierte en militar y abandona la profesion: se viste de pies á cabeza de guardia nacional, hace el ejercicio y fuma: de repente, abandona las diversiones militares, y arroja el cigarro: se desconsuela, quiebra, vende sus muebles en la plaza de Chatelet, y algunos dias despues arregla sus negocios, se viste de limpio y se entrega al baile. Hoy come azúcar á manos llenas: ayer compraba papel Weynen, mas tarde al mozo le duelen las muelas y se aplica una cataplasma de anuncios por todas las esquinas; no tardará mucho en hacer abundante provision de pasta pectoral. Tiene manías por meses, por estaciones, por años y por dias. En este momento en que todos edificaban ú demolian alguna cosa, eran muy pocas las calles donde no se viesen andamiadas formadas con largos maderos y gruesas tablas para encaramarse de piso en piso, débil construcción aunque sujeta con cuerdas, blanqueada por el yeso, y

rara vez garantida de los choques de un carruaje. A doce pasos del hotel Maulincourt habia uno de esos efimeros tinglados delante de una casa que construian de piedra de sillera, y á la mañana siguiente en el momento que este pasaba en su cabriolé por delante del andamio para dirigirse á casa de Madame Jules, una piedra de veinte pulgadas cuadradas que llegaba á lo alto de los puntales, se desató, y dando vueltas vino á caer detrás del carruaje, cogiendo al lacayo, á quien hizo una tortilla. Un grito de terror estremeció al andamio y á los albañiles: uno de ellos se sostenia con trabajo en una tabla cual si estuviera herido de muerte, tocado por la piedra. Reunióse mucha gente. Todos los albañiles bajaron gritando jurando, y diciendo que el cabriolé de Maulincourt, habia producido un sacudimiento á la garrucha. Dos pulgadas mas el oficial corria la suerte de su lacayo. Este habia muerto, y el carruaje se hizo pedazos. Fué un grave acontecimiento para todo el barrio, y los periódicos se ocuparon de él con detencion. Mr. de Maulincourt, cierto de no haber tocado á nada, se quejó é intervino la justicia: pero hecha

vuelta en su patria el esponente, ha sido el último en saber la tremenda desgracia que habia caído sobre su familia, y la docta catástrofe que la amenaza. Hoy ya lo sabemos.—Permitale V. M. que no nombre lo ocurrido; que no lo piense; que no lo juzgue.—Solo protesta aquí de su amor á V. M., de su adhesión á su trono español y como militar. El que llovió á los pies de V. M., no puede ser de otra manera. ¡Es su padre, Señora! ¡adorado padre! Por eso no dirá mas de él, limitándose á hablar de su madre, su hermana, y de sí mismo.—Señora: ¡al par que magnánima Reina, dulce y amorosa madre, tierna y amantísima hija. ... V. M. es hija, y puede comprender la angustia, toda mi desesperación! Yo no defiendo á mi padre: yo pido la vida; y V. M., que alcanzó desde el principio de su glorioso reinado el dictado de sabiduría y Clemente; V. M., que es tan buena y misericordiosa; que es la madre de los desgraciados; que es piadosa y eminente cristiana; que tiene en sus augustos brazos el poder de perdonar y en su hermosa mano la grandeza de sus antepasados; que es Soberana; que es católica, que sabrá olvidar las injurias, compadeciente, enjugar el llanto de una madre de unos hijos que demandan gracia. V. M. aplacará el rigor de su justicia y dará la vida á mi padre.

No hace muchos dias que entre el humo de los combates gritaba yo en Africa: «¡Viva la Reina!» Esta mágica voz era siempre la señal de triunfo. Yo la he oído á los moribundos, á los moribundos, en los hospitales, en las alambicadas Tetuan, en medio de las privaciones y privaciones, á todas horas y en todas partes. Yo repetía entonces, yo la repito ahora; yo repetiré toda mi vida. Allí he aprendido á amar á V. M. Su augusta nombre me resalta en los momentos mas grandes de mi existencia. Todo mi ser, toda mi sangre serán para el servicio de mi Reina.—Esta lealtad que le he jurado tantas veces, y que hoy confirmo con lágrimas en los ojos, sirva en cierto modo para salvar la vida de mi querido padre.

V. M. es madre de un escelso príncipe que es su ama, ganando una bandera á los combates, (1) y yo alcanzaba el grado de teniente coronel en recompensa de lo que pude hacer allí en el momento de la muerte de V. M.

Yo, como he dicho, V. M. me habia honrado con la cruz de San Fernando, tambien con el premio de mis oscuros servicios en los combates de Sierra-Bullones. Pues bien, yo con el mayor respeto yo pongo á los pies de V. M. esas dos gracias, que he ganado por su munificencia, y le pido en cambio que me sea mi padre; sea su adorada existencia que yo galaridon que yo reciba por lo que yo merecido en Africa; no me niegue la gloria, tanta fortuna. ¡Que el hijo de mi padre! ¡Que el Ortega de Africa! ¡Que el Ortega de las Baleares! Soy un niño; tengo diez y nueve años, y sin la ayuda de mi padre, nada seria yo á su lado. Yo compenso mis pobres merecimientos con la indignación que él haya podido sentir por mí; pero mi dolor, los profundos suspiros que despiertan en mi corazón la conciencia que me hallo, las solemnes protestas que yo hago aquí, como nuestros lectores comprenderán, debe haber habido alguna omisión que se nos ha remitido.

El mal que se fá en Madrit.
Que l'embroll no siga elèrn;
Y doneumos vòstra mà
Llibertad y bon govern,
Com Deu als hòmens maná;
Y entonses mes y millor,
Sereu nòstre defensor,
Sàcre apòstol valensiá.

JOSEPH M.^a BONILLA.

BOLETIN RELIGIOSO.

Santo del día. San Vicente Ferrer, patron de Valencia y su Reino, y santa Engracia v. y mr.—El glorioso san Vicente Ferrer de la órden de predicadores, gloria de España, ornamento de su pátria y varon apostólico, nació en la nobilísima ciudad de Valencia, de padres nobles segun la carne, de la antigua familia de de los Ferrers. Su padre se llamaba Guillermo, y su madre Constancia Miguel. Un prodigio mostró antes de que naciera, lo que iba á ser con el tiempo nuestro santo. Oyó su madre como ladridos de algun perrillo en sus entrañas; y comunicando esto con el arzobispo de Valencia, deudo suyo, la dijo: que sin duda daría á luz un hijo que sería gran predicador de J. C. El tiempo lo confirmó.

A los diez y ocho años tomó el hábito del glorioso Santo Domingo. Acabado su noviciado, le encomendaron los superiores que leyese un curso de lógica á los religiosos del convento á los cuales se juntaron muchos de fuera, atraídos por la rara erudicion, modestia y virtud del santo. Despues le enviaron á los conventos de

Barcelona y Lérida, en cuya ciudad recibió el grado de maestro en teología. Vuelto á Valencia, emprendió la predicacion, en que gastó seis años con grande aprovechamiento del pueblo; de modo que en toda Valencia á él solo llamaban el docto, el santo y siervo fidelísimo de J. C. De allí salió á recorrer todas las ciudades y principales villas de España, donde sembró con gran celo la semilla del Evangelio, y recogió copiosos frutos de conversion. En todas partes donde pasó dejó de sí gratos recuerdos, por los prodigios estupendos que, en gracia del aslígido, obrára.

Habiendo, pues, este predicador divino sembrado la semilla del cielo en tantas y tan diversas provincias y reinos, y regado la tierra con las corrientes de sus copiosas y saludables aguas, fué á una provincia de Francia que llaman la menor Bretaña, para ilustrarla con su celo, como con las demas hiciera. Anciano ya, cansado de los muchos y santos trabajos de tantos años, y debilitado con sus continuos ayunos y penitencias; despues de recibir con maravillosa devocion y abundancia de lágrimas los santos sacramentos, murió en la ciudad de Nantes, un miércoles antes del Domingo de Ramos, del año del señor 1118, en el día cinco de Abril, á los setenta y cinco años de su edad. El cuerpo de este glorioso santo fué enterrado en la iglesia mayor de la misma ciudad de Nantes.

Santo de mañana. La beata María Ana de Jesús, virgen.

ALCANCE.

Se habla mucho en Madrid de la importancia y valor de las revelaciones hechas por el desgraciado Villoldo ante el Consejo de guerra que lo juzgó.

Cuanto mas se van aclarando los sucesos, sobre los cuales ya no abrigaba muchas dudas el pais, mayores son las seguridades de que la reaccion y el carlismo son imponentes para contrarrestar la voluntad de los pueblos, ni para alterar su adhesion á la dinastía, ni su amor á las instituciones constitucionales.

El comandante en jefe del primer cuerpo del ejército de Africa; dice desde el Serrallo el 13 por la tarde al Excmo. señor ministro interino de la Guerra:

«Interceptadas Ceuta y Tetuan por mar á causa del Levante, hé mandado hoy la correspondencia al Excmo. señor general en jefe.

—La salud de las tropas de este cuerpo es inmejorable. Los enfermos diarios no pasan de 7 á 8, y estos, de enfermedades comunes ó naturales.»

Por lo no firmado, J. M. de Soto.

Editor responsable.—José de Salazar.

IMPRENTA DE SOTO Y SALAZAR,
plaza de la Constitucion, n.º 33.

la averiguacion se probó que un muchacho colocado en lugar oportuno gritaba á todo el mundo que se alejárán. Aquí quedó el asunto. Mr. de Maulincourt perdió su criado, no dejó de experimentar algun miedo, y se quedó en cama por algunos dias para aliviarse de las contusiones que recibió al romperse el cabriolé. Le entró calentura y no fué por consiguiente á casa de Madama Jules.

Diez dias despues de aquel suceso, á su primera salida se dirigia al bosque de Bolonia en su cabriolé compuesto, cuando al bajar por la calle de Borgoña enfrente de la cámara de los diputados el eje se rompió por el medio, y el baron iba con tanta rapidéz que aquella rotura produjo que se juntáran ambas ruedas en términos de casi aplastarle la cabeza, lo que no se verificó por la resistencia que opuso la capota. Sin embargo recibió una herida gráve, y por la segunda vez fué trasladado medio muerto á casa de la desconsolada feudataria.

Este nuevo accidente le infundió alguna desconfianza, y recordó aunque con vaguedad á Ferragus y á Madama Jules. Para aclarar sus sospéchas guardó el eje roto en su

Volvió la espalda, manifestando de este modo al baron que deseaba verlo en la calle.

Demasiado curioso para prestar atencion al rigoroso exámen de que era objeto, Augusto no vió que el desconocido le devoraba con miradas casi magnéticas; pero no hay duda que si hubiese hecho atencion en aquellos ojos de basilisco, habria comprendido el peligro que le amenazaba. Demasiado apasionado para pensar en sí mismo, Augusto saludó, bajo la escalera y se volvió á su casa procurando encontrar algun sentido en la reunion de aquellas tres personas: Ida, Ferragus y Madama Jules; ocupacion que moralmente equivalia á arreglar los recortes de madera del rompe cabezas chinesco sin encontrar la llave del juego. Pero Madama Jules habia visto, iba á aquella casa, Madama Jules le habia mentado. Maulincourt se propuso visitar á aquella señora á la mañana siguiente. No podía escusarse de recibirlo porque se habia hecho cómplice en su tenebrosa intriga. Se hallaba metido en ella y ligado de una manera indisoluble, y ya se figuraba que podia disponer como un sultan y exigir de ella la revelacion de todos sus secretos.

L

PRECIOS DE SU

En Castellon, al mes.
Fuera, trimestre.

CASTELLON

Con motivo de ayer el dia de rer, y de llamarse gobernador civil en la noche de s brillante serenat señores jefes de que están bajo su rigió el profesor llida, haciendo piezas.

Su señoría rec con la galante distingue.

Hemos visto por D. Giuseppe de la compañía Dramático-Music los célebres niños tan buenos ratos l co de Madrid y que se há ocupad admirándolos lá capitales, que de na piensan dar en tro algunas funcio y para que esta próxima semana, de acuerdo por m gado en esta, cor local.

Prometemos ir

Con arreglo á en los artículos reglamento del N ta ciudad, se pr del domingo á que han de comp presentativa, resu